

#2

Teoría & Cambio social

La nueva América Latina

Mayo 2020

Boletín del
Grupo de Trabajo
**Teoría social
y realidad
latinoamericana**



La crisis mundial del Covid-19 (II)

PARTICIPAN EN ESTE NÚMERO

José Mauricio Domingues
Aldo Mascareño
Kathya Araujo
Sergio Pignuoli Ocampo
Carmen Ilizarbe Pizarro
Breno Bringel
Alfredo Falero
Santiago Roggerone

Invitado especial
Sergio Costa

La crisis mundial del COVID19 : boletín II / José Mauricio Domingues ... [et al.].-
1a ed. - Ciudad Autónoma de Buenos Aires : CLACSO, 2020.
Libro digital, PDF - (Boletines de grupos de trabajo)

Archivo Digital: descarga
ISBN 978-987-722-602-7

1. Análisis Sociológico. 2. Ensayo Sociológico. 3. Pandemias. I. Domingues, José Mauricio.
CDD 301.01



CLACSO

Consejo Latinoamericano
de Ciencias Sociales
Conselho Latino-americano
de Ciências Sociais

Colección Boletines de Grupos de Trabajo

Director de la colección - Pablo Vommaro

CLACSO Secretaría Ejecutiva

Karina Batthyány - Secretaria Ejecutiva
Nicolás Arata - Director de Formación y Producción Editorial

Equipo Editorial

María Fernanda Pampín - Directora Adjunta de Publicaciones
Lucas Sablich - Coordinador Editorial
María Leguizamón - Gestión Editorial
Nicolás Sticotti - Fondo Editorial

Equipo

Rodolfo Gómez, Giovanni Daza, Teresa Arteaga, Tomás Bontempo, Natalia Gianatelli y Cecilia Gofman

ISBN 978-987-722-602-7

© Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales | Queda hecho el depósito que establece la Ley 11723.


No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio electrónico, mecánico, fotocopia u otros métodos, sin el permiso previo del editor.

La responsabilidad por las opiniones expresadas en los libros, artículos, estudios y otras colaboraciones incumbe exclusivamente a los autores firmantes, y su publicación no necesariamente refleja los puntos de vista de la Secretaría Ejecutiva de CLACSO.

CLACSO

Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales - Conselho Latino-americano de Ciências Sociais

Estados Unidos 1168 | C1023AAB Ciudad de Buenos Aires | Argentina
Tel [54 11] 4304 9145 | Fax [54 11] 4305 0875 | <clacso@clacsoinst.edu.ar> | <www.clacso.org>

Patrocinado por la Agencia Sueca de Desarrollo Internacional  Asdi

Contenido

5 **Introducción**
La crisis mundial del covid-19
y los desafíos de la teoría social

José Mauricio Domingues
IESP - Universidad Estadual de Río de Janeiro

Esteban Torres
Universidad Nacional de Córdoba-CONICET

7 **Coronavirus, ciencias sociales**
y política

José Mauricio Domingues
IESP - Universidad Estadual de Río de Janeiro

11 **Inmunidad y autoinmunidad**
Paradojas pandémicas

Aldo Mascareño
Centro de Estudios Públicos, Chile

15 **Sobre los tiempos**
del coronavirus y sus herencias para la
teoría social

Kathya Araujo
Universidad de Santiago de Chile

19 **Una aproximación sociológica a la forma**
social del SARS-CoV-2

Sergio Pignuoli Ocampo
Universidad de Buenos Aires - CONICET

24 **En el portal de la pandemia**
Reflexiones desde el Perú

Carmen Ilizarbe Pizarro
Pontificia Universidad Católica del Perú

28 **Mucho más que un cacerolazo**
Resistencias sociales en tiempos de
coronavirus

Breno Bringel
Universidad Estadual de Rio de Janeiro

33 **Hipocresía, crisis, excusa**
Secuelas del capitalismo con virus

Alfredo Falero
Universidad de la República, Uruguay.

37 **Apostilla sobre el imaginario**
apocalíptico

Santiago Roggerone
Universidad de Buenos Aires-CONICET

INVITADO ESPECIAL

43 **Pandemia y Política en Brasil**

Sérgio Costa
Freie Universität Berlin

Introducción

La crisis mundial del covid-19 y los desafíos de la teoría social

Ponemos a disposición de los y las lectores/as el segundo número de *Teoría & Cambio social*, el boletín del grupo de trabajo de CLACSO “Teoría social y realidad latinoamericana”. Al igual que en el primer número, el tópico que aquí nos convoca es la mega-crisis en curso del Covid19. En esta segunda entrega podrán encontrar textos de los/as integrantes del grupo, así como de un amigo invitado.

El boletín *Teoría & Cambio social* ha sido concebido como un espacio de encuentro y de publicación de textos cortos, ajustado a la agenda de investigación del Grupo y orientado a la intervención pública. La decisión de poner en marcha este dispositivo de comunicación se inscribe en el marco de las nuevas exigencias de impacto y de supervivencia que plantea la cultura de lectura dominante en el campo de las ciencias sociales. La adopción deliberada de esta inclinación adaptativa nos pone frente a una serie de oportunidades, de desafíos y de riesgos. La primera se asocia a las posibilidades de reaccionar de un modo veloz a los acontecimientos que se van sucediendo en la región y el mundo, en este caso a la mega-crisis del Covid19, en consonancia con el ritmo y la lógica de producción de la agenda pública. Por su parte, creemos que el desafío principal consiste en lograr convertir estos ejercicios dinámicos de intervención, más amigados con las lógicas de la opinión y el campo del periodismo, en una instancia productiva para una dinámica de trabajo centrada en la producción sociológica. Finalmente, los riesgos pasan por caer en la

tentación del profetismo, en los términos denunciados por Bourdieu, así como por degradar la propia instancia de producción de conocimiento.

Aquí se plantea una gran encrucijada para las ciencias sociales. Por un lado, estas desaparecerán del mapa en un mediano plazo si quedan atrapadas en una matriz de opinión y de simple procesamiento de información. Y, por el otro, estarán condenadas al ostracismo y a la obsolescencia si se desconectan del sistema de medios de comunicación. De este modo, si la realización del compromiso del intelectual público demanda prácticas sostenidas de opinión publicada y de reconocimiento del sentido común, la producción de conocimiento sociológico exige algo diferente: la superación durkhemniana del mundo pre-nocional y la ruptura permanente con ese mismo sentido común colectivo.

El tiempo de las ciencias aplicadas y de la producción teórica no se opone a los tiempos de resolución de los grandes problemas sociales, pero sí a la temporalidad dominante de la intervención mediática. La resolución médica de la crisis del coronavirus es un buen ejemplo de ello. Por más que las urgencias crezcan, las muertes se multipliquen y la sociedad mundial se desespere, no se puede pulverizar el tiempo del descubrimiento de una vacuna. El tiempo de la investigación se puede acelerar, pero no anular. Esto mismo vale para las ciencias sociales: una teoría de base científica no se inventa de un día para el otro, y sin una teoría por el estilo la ciencia social se descompone y su potencial transformador desaparece. Así como las ciencias médicas no pueden ofrecer una solución inmediata a la expansión bacteriológica del Covid19, las ciencias sociales no podrán ofrecer soluciones globales a la presente crisis social mundial si no se toman el tiempo para producir conocimientos inspirados en nuevas teorías.

De este modo, a partir del lanzamiento de *Teoría & Cambio social*, nos proponemos cabalgar en la contradicción comentada, asumiendo las oportunidades, los desafíos y los riesgos que acarrea.

José Mauricio Domingues y Esteban Torres

Abril de 2020, Rio de Janeiro, Brasil y Córdoba, Argentina

Coronavirus, ciencias sociales y política*

José Mauricio Domingues**
(IESP-UERJ)

La crisis del nuevo coronavirus está colocando todo de patas arriba. ¿Cuáles pueden ser las contribuciones de las ciencias sociales sobre esto? ¿Tendrá alguna utilidad lo que tienen para decir? Si es así, ¿cómo se relaciona con la política actual?

Primero, vale la pena recordar el análisis de Ulrich Beck sobre la sociedad del riesgo, desde 1986, y en sus libros consecutivos, asumiendo un carácter claramente global. Se refería al medio ambiente, las infecciones, la inestabilidad en la vida familiar y el mercado laboral. La teoría mezclaba peras con manzanas, pero, en lo relativo al coronavirus, su pertinencia fue radical. De hecho, la Organización Mundial de la Salud (OMS) se ha referido a las pandemias como un *riesgo global* desde hace algunos años. Su último documento enfatizó que los gobiernos estaban muy atrasados en la preparación para una probable pandemia. El propio modelo “westfaliano” en el que se basa la OMS—es decir, que depende de los Estados nacionales—, limita sus acciones, incluido el monitoreo, como se vio en el caso del intento chino de minimizar inicialmente el problema, y frente al cual poco pudo hacer.

* Publicada en español en el Observatorio Social de la Pandemia, de CLACSO, y en portugués en *Jornal do Brasil*.

** José Mauricio Domingues es profesor de Sociología en el IESP-UERJ y coordinador, con Breno Bringel, del Núcleo de Estudios de Teoría Social y América Latina (NETSAL). Co-coordinador del Grupo de Trabajo CLACSO “Teoría social y realidad latino-americana”. Su libro más reciente es *Critical Theory and Political Modernity* (Palgrave, 2019).

Sin embargo, el hecho es que el riesgo ya no es simplemente un riesgo y se convirtió en una amenaza concreta para las personas y las poblaciones de cada país del planeta. Si la lucha contra el virus dentro de cada uno de ellos es decisiva, solamente la coordinación internacional, con cambios en la forma de administración de la salud global, permitirá sistemáticamente superar esta pandemia y, sobre todo, evitar que otras ocurran. No se trata de falta de capacidades. Por lo tanto, primero es necesario reconocer que la sociedad del riesgo es brutalmente real y que ésta depende de la percepción socialmente construida, pero también asume una configuración muy material: llega a matar. También es necesario reconocer y valorar la idea de que las poblaciones nacionales tienen derecho a la seguridad frente a las pandemias, como lo hicieron incluso Macron y Trump, y que estamos juntos en el mismo barco global ante los riesgos y las amenazas. El nacionalismo no es una solución, las ciencias sociales pueden afirmarlo. Pero Beck también advirtió sobre las desigualdades sociales y cómo ellas están vinculadas al riesgo. En todo el mundo, dramáticamente en Brasil y en varios otros países de la periferia, la exposición desigual al coronavirus lo demuestra.

Podemos también ver un retorno explícito del Estado al centro del tablero. Contrariamente a la retórica neoliberal e incluso a argumentos de la izquierda, el Estado nunca dejó de tener un poder espantoso: por el contrario, sus capacidades continúan aumentando. Recaudación de impuestos (cuando lo quiere y distribuido de diferentes maneras); administración (debido a su burocracia, con su capacidad logística y alianza con los agentes societales, así como la dirección del gasto); capacidad de moldear la subjetividad individual y colectiva, simbólica y de conductas, a través de las leyes y de sus dispositivos; vigilancia (creciente), coerción (siempre al acecho) e intervención en el mundo material (construyendo hospitales o prisiones, invirtiendo en ciencia y tecnología o en la policía, decidiendo a quién da crédito, a quién contrata y a quien paga): estas capacidades que los Estados modernos siempre han demostrado son enormes hoy en día. La forma en que los Estados las utilizan y las movilizan varía. Hasta ayer, el credo neoliberal daba las cartas. Ahora, estas capacidades se movilizan a gran escala para enfrentar la crisis del coronavirus, así como se requiere que el individualismo neoliberal recule en favor de la solidaridad.

El neoliberalismo podrá sobrevivir, pero es poco probable que lo haga en su forma actual. Sería ridículo en este momento, cuando el mercado no tiene nada que

ofrecer, y las redes de solidaridad social y el Estado adquieren centralidad absoluta. Sacar la economía del fondo del pozo y ocuparse de los daños y los traumas causados por la crisis sanitaria recaerá en estos dos elementos, aunque el mercado seguramente desempeñará algún papel. Entre nosotros, los brasileños, la importancia del Sistema Único de Salud (SUS), universal y gratuito, no puede minimizarse después de eso. Es un activo que tendremos en nuestras manos en los próximos años, a pesar de los costos humanos que se presenten.

Las medidas tomadas hoy y el precio posterior de todo lo que se gastará no son ni serán neutrales. Esto es algo que también las ciencias sociales nos enseñan: los conflictos distributivos cruzan las solidaridades nacionales, aunque también su ausencia.

Algunos gobiernos, conservadores, como el de Johnson en el Reino Unido, intervienen en la economía y defienden a los trabajadores; otros como el de Macron en Francia celebran la salud pública; mientras, el reaccionario Trump parece estar preparando un Plan Marshall y Merkel llama a la “solidaridad colectiva”. En Brasil, el gobierno de extrema derecha de Jair Bolsonaro negó la crisis mientras pudo. Si no fuera por su ministro de salud, los gobernadores, la prensa, los profesionales de la salud y la población, estaríamos en una situación mucho peor. Las medidas adoptadas por Bolsonaro van claramente en una dirección opuesta a la solidaridad nacional, estimulan el individualismo y perjudican claramente a los más pobres, como lo demuestra el sonado proyecto del ejecutivo sobre la suspensión de los contratos de trabajo.

Aun así, como en todas partes, el ultraliberal y dinosaurio ministro de economía brasileño, Paulo Guedes, tiene que adoptar medidas de keynesianismo de emergencia, movilizándolo las capacidades del Estado, comenzando con su aspecto material, para enfrentar la crisis sanitaria y la recesión. La disputa se dará más tarde: ¿quién pagará esta factura? ¿Las empresas, con sus eternas exenciones fiscales? ¿Los trabajadores, desempleados y endeudados? Sobre quien se impondrán aumento de los impuestos ¿las clases medias, a través del impuesto sobre la renta, los pobres, a través del impuesto sobre el consumo, o los ricos, con un impuesto sobre las grandes fortunas, que resolvería en gran medida el nuevo déficit que pesará en las cuentas públicas? Tendremos todavía bastante lucha por delante, aunque también está claro que el gobierno brasileño se ha debilitado con su

ineptitud e irracionalismo. De hecho, la extrema derecha mundial puede incluso ser golpeada, porque sólo la ciencia y la transparencia democrática, otra vez, pueden minimizar los riesgos, las amenazas y las catástrofes.

Keynesianismo de emergencia, capacidades estatales, precios a pagar y esfuerzos de reconstrucción, ante el riesgo y la amenaza. ¿Dormimos en un mundo y nos despertamos en otro? No exactamente, pero los cambios son claros y la disputa política se juega, desde ya, en otras condiciones. En el centro de la agenda política se colocan cuestiones como en qué dirección desarrollar y aplicar estas enormes capacidades del Estado, bien como el lugar de la solidaridad social en este proceso.

Inmunidad y autoinmunidad Paradojas pandémicas

Aldo Mascareño

Centro de Estudios Públicos, Chile

Desde los descubrimientos bacteriológicos del siglo XIX, una de las obsesiones de la modernidad ha sido la inmunización frente a lo que cada unidad considera ajeno a lo propio (Sloterdijk 2006). Esto no aplica solo a las pandemias, sino también a las pretensiones por mantener la diferencia ante los intentos de homogenización que surgen desde distintos rincones del planeta y de sus propias estructuras sociales. La primera guerra mundial fue una inmunización de cada Estado frente a las pretensiones imperialistas de otros; la segunda consistió en una inmunización ante el totalitarismo. Los derechos humanos que ahí nacieron buscaron la inmunización de lo humano ante su degradación; y las pretensiones de autonomía de los movimientos sociopolíticos del siglo XXI son una reacción inmunitaria a la homogenización étnica impulsada por Estados nacionales o a la homogenización social impulsada por sistemas sociales globales. El Covid-19 puede haber tomado por sorpresa al mundo porque no se espera que la mayor amenaza provenga desde la naturaleza—el cambio climático sigue siendo menos relevante que la guerra comercial entre EEUU y China, o que el reposicionamiento internacional ruso. No obstante, el Covid-19 cayó en un mundo que ya conoce de reacciones inmunitarias generalizadas. Frente a las plagas las conoce desde la Antigüedad (Davis 2020). Más aún, las últimas dos décadas se han empeñado en preparar el escenario pandémico: SARS en 2002, gripe aviar en 2004 a 2006,

gripe porcina en 2009, ébola en 2014 (Ashton 2020; McCloskey y Heymann 2020). ¿Qué es lo extraordinario de esta situación entonces?

Lo extraordinario es la sintonía sicionatural de la crisis: su propagación física como virus y su propagación social como comunicación simultáneamente. La inmunización frente al virus no se ha hecho por vía biológica. No hay vacuna descubierta ni infraestructura que dé abasto para diagnosticar a todos los susceptibles, tratar a todos los contagiados y procesar a todos los muertos. La inmunización viene entonces por medios comunicacionales, a través de un extenso repertorio de instrucciones que crece cada día que pasa, desde la enumeración interminable de posibles síntomas, hasta la comunicación de medidas de prevención, suspensión y reclusión (Singhal 2020; Sohrabi et al. 2020).

Por todo ello, el enfrentamiento de la pandemia no se reduce al sistema de salud, a los colapsados hospitales y personal médico que atiende a los cuerpos enfermos a lo largo del mundo, sino que se extiende a todo tipo de sistema social. La estrategia de distanciamiento físico afecta la continuidad de cualquier sistema de interacción mundial, cada uno de ellos vital para la reproducción de distintas organizaciones. Las estrategias de aislamiento sobrecargan la base tecnológica de diversas redes sociales electrónicas, a las que ahora se les exige además suplir la ausencia de interacción. Las organizaciones, por su parte, se ven enfrentadas a una incertidumbre inmanejable que les impide tomar decisiones que reproduzcan su propio funcionamiento; sin otra opción, lo ponen en pausa hasta nuevo aviso, transfiriendo la incertidumbre a sus miembros y *stakeholders*. Mientras esto sucede, el sistema político cierra sus fronteras simultáneamente, subordina derechos fundamentales al poder estatal y decreta el cierre de actividades productivas no esenciales. Con ello, la economía es intervenida en sus operaciones y expectativas fundamentales. La recesión que se incubaba sería mayor que la de 2008, anuncian expertos (Tooze 2020). El sistema jurídico comienza a sobrecargarse con exigencias de todo tipo, desde la resolución de contratos domésticos e internacionales por fuerza mayor, hasta demandas laborales de distinto alcance. Y puesto que las crisis complejas son crisis sin solución, ningún gobierno o sistema político puede 'hacerlo bien', con lo que la confianza en instituciones públicas se pone en entredicho nuevamente. El personal médico, la religión y el esoterismo pueden ser los ganadores en medio de este trance: los primeros por

su universalismo moral, la segunda por la esperanza trascendente frente a una realidad inmanejable, y el tercero por efecto del virus de la ignorancia.

La simultaneidad entre propagación física del virus y la comunicación social acerca de él es, sin duda, mayor que nunca. No podía ser de otro modo con la exponencial expansión tecnológica de la última década. Pero cuando esto acontece, hay que contar con que la reacción social a la inmunidad de los cuerpos individuales genera una *autoinmunidad* de la sociedad en general (Derrida 2003; Cohen 2004; Mutsaers 2015; Ferri 2018). En su esfuerzo sanitario, político y moral por preservar su base psicofísica de existencia (los individuos), la sociedad pierde su coordinación como un todo y cada sistema social, preocupado en primera instancia de su propia subsistencia, produce comportamientos que obstruyen el funcionamiento del resto. La sociedad se transforma en una paradoja, en un virus de sí misma. Se observa a sí misma como un 'otro extraño', adopta conductas inmunitarias frente a ese 'otro interno', y provoca actos de autodestrucción mediante autoagresión. La política motiva (obliga) a la clausura de actividades económicas que dejan sin empleo a miles de trabajadores y llevan a la quiebra a cientos de empresas; la economía motiva a continuar el intercambio de bienes y servicios, con lo que deflaciona el valor de órdenes imperativas y normas de derecho; el derecho suspende sus propios derechos fundamentales por instrucción política, con lo que se pone en riesgo a sí mismo; o no los suspende por la acción de tribunales, con lo que debilita el poder político. La religión invita a abandonarse a la trascendencia, con lo que la inmanencia de la conducta pierde relevancia; mientras que la ciencia, acostumbrada desde Popper a sus verdades provisionales, cambia sus recomendaciones cada día de acuerdo a los resultados de sus conjeturas y refutaciones.

Si la sincronía entre propagación física global del virus y propagación social mundial en la comunicación es mayor que nunca, entonces contamos con un nuevo tipo de crisis pandémica socionatural en la que la reacción inmunitaria que protege a los cuerpos del virus es simultánea a la reacción autoinmunitaria de la sociedad en la que ella adopta un comportamiento errático autodestructivo. Dicho de otro modo, los cuerpos que sobrevivan no solo contarán con el peso de la muerte cercana o de sus propias heridas, sino también con el peso de reconstruir la forma de la sociedad en que viven. En órdenes sociales complejos, las crisis verdaderas son el único momento histórico en que esto se puede intentar con relativa

probabilidad de éxito, aunque se debe tener claro que esa reconstrucción puede ser tanto para mejor como para peor.

REFERENCIAS

- Ashton, J. 2020. The pandemic of coronavirus: tackling the last plague. *Journal of the Royal Society of Medicine* 113(3): 123-124.
- Cohen, E. 2004. My self as an other: on autoimmunity and “other” paradoxes. *Medical Humanities* 30: 7-11.
- Davis, V. 2020. Plagues and panics, ancient and modern. *National Review* 72(5): 16-18.
- Derrida, J. 2003. Autoimmunity: real and symbolic suicides (85-136). En Borradori, G., *Philosophy in a time of terror. Dialogues with Jürgen Habermas and Jacques Derrida*. Chicago and London: The University of Chicago Press.
- Ferri, B. 2018. Metaphors of contagion and the autoimmune body. *Feminist Formations* 30(1): 1-20.
- McCloskey, B. y Heymann, D. 2020. SARS to novel coronavirus – old lessons and new lessons. *Epidemiology and Infection* 148(e22): 1-4.
- Mutsaers, I. 2020. One-health approach as counter-measure against “autoimmune” responses in biosecurity. *Social Science & Medicine* 129: 123-130.
- Singhal, T. 2020. A review of the coronavirus disease-2019 (COVID-19). *The Indian Journal of Pediatrics* 87(4): 281-286.
- Sloterdijk, P. 2006. *Esferas III*. Madrid: Siruela.
- Sohrabi, C.; Alsafi, Z.; O'Neill, N.; Khan, M.; Kerwan, A.; Al-Jabir, A.; Losifidis, C.; Agha, R. 2020. World Health Organization declares global emergency: A review of the 2019 novel coronavirus (COVID-19). *International Journal of Surgery* 76: 71-76.
- Tooze, A. 2020. Is the coronavirus crash worse than the 2008 financial crisis? *Foreign Policy* March 18. Disponible en: <https://foreignpolicy.com/2020/03/18/coronavirus-economic-crash-2008-financial-crisis-worse/> [acceso 7 de abril 2020].

Sobre los tiempos del coronavirus y sus herencias para la teoría social

Kathya Araujo*

Universidad de Santiago de Chile

Un cartel que apareció en el marco de las protestas que se desarrollaron a partir del 18 de octubre en Chile, y que fue copiosamente replicado, decía: “Son tantas las weás¹, que no sé qué poner”. El cartel es expresivo de un sentimiento de agobio por el agolpamiento desordenado de una cantidad inmanejable de cosas que pugnan por hacer su camino para ser expresadas, una profusión que termina por ponerla a una, como diría mi colega Felipe Cussen, profesor de literatura y poeta, especialista en estudios sobre la nada, a hacer la experiencia de la indecidibilidad. Yo escribo este texto con la mano derecha, y con mi cartel, copiado de las protestas de octubre, en la mano izquierda.

* Investigadora del Instituto de Estudios Avanzados (IDEA) de la Universidad de Santiago de Chile y Directora del Centro Núcleo Milenio Autoridad y Asimetrías de Poder. Sus áreas de investigación principales son teoría social, sociología de las normas y sociología de la individuación.

¹ Huevadas en grafía local. En el uso ordinario y en este contexto la palabra alude tanto a la significación simplemente de cosas como a la de tonterías, yerros, absurdos.

La coloquialmente llamada crisis del Coronavirus, es un hecho francamente extraordinario. Siendo mi interés sociológico, lo extraordinario que puedo ver proviene mucho menos de la cuestión propiamente médica y sanitaria, y mucho más de las formas de reacción política; las respuestas y fenómenos sociales de los que somos testigos; las conductas individuales; la manera en que ella zarandea el equilibrio largamente establecido entre dominios sociales marcado por la preeminencia de lo económico. Ante tanta weá, como dice mi cartel, me parece que admitir la perplejidad es la respuesta más honesta, aceptar que se está ante una situación que nos abre preguntas nuevas y pone entre signos de interrogación varias de nuestras certezas teóricas. Por eso, sin demasiadas pretensiones, en lo que sigue me detendré a esbozar dos de los tantas interrogantes que me parece debemos enfrentar quienes hacemos parte de nuestras tareas la teoría y la investigación social.

¿Es tan obsoleto lo nacional?

Buena parte de la discusión subrayó en las últimas décadas la dimensión globalizada del mundo, propuso que las comprensiones de los fenómenos y conflictos deberían tomar esa escala, y emprendió una crítica muy importante al nacionalismo metodológico. ¿Pero, ha estado y está justificada esta desconfianza en la escala nacional? Esta crisis muestra con una cruda transparencia la centralidad de esta escala (no su exclusividad excluyente, por cierto, solo su extremada relevancia). Lo hace no solo porque las respuestas políticas implicaron cierres de fronteras; porque en muchos casos un recurso a la nación y a los sentimientos nacionalistas han sido la herramienta principal de apelación a los ciudadanos; porque la especificidad de las estrategias de afrontamiento ha sido leída como una particularidad nacional y se ha establecido una especie de competencia honorífica entre las naciones definidas por el número de muertes y aplanamiento de curvas; no solo por eso. También porque al momento de entender la relación entre el establecimiento de medidas y conductas poblacionales, los “rasgos de las culturas nacionales”, un concepto altamente sospechoso hoy para la sociología, de pronto ha aparecido como un elemento explicativo mayor y decisivo al momento en que se dirimen las direcciones y modalidades que toma la crisis en cada país. Lo que nos lleva al siguiente punto..

¿Es tan absurda la cuestión de los rasgos de carácter nacionales en sociología?

La cuestión de los rasgos de carácter nacionales estuvo presente de manera notoria en los ensayos del carácter latinoamericanos, o en el pensamiento social, aquellos que intentaban captar el alma brasilera (como en el “homem cordial” de Sergio Buarque de Holanda), o los rasgos del chileno (“El roto chileno”, Joaquín Edwards Bello), para mencionar solo algunos. Pero, también, se encuentran en las teorías de la personalidad y carácter de la primera parte del siglo ~~XX~~, como por ejemplo, en el ya clásico “El crisantemo y la espada” de Ruth Benedict, o, cierto que en otro registro, en los trabajos de David Riesman sobre las transformaciones del carácter en Estados Unidos. Paulatinamente, con el triunfo del estructuralismo, la fuerte presencia de las teorías de raigambre marxista, luego la crisis de la sociología y la relevancia de cuestiones subjetivas, la incorporación de concepciones pluralistas, la puesta en cuestión de la idea sociedad, y la crítica a una sociología del personaje en pro de una sociología del individuo, este tipo de entradas teóricas perdió vigencia...y con ellas, el niño que se fue con el agua de la bañera fue el interés por los rasgos colectivos nacionales. Los eventos que presenciamos, abren al menos la pregunta de si fue una buena idea dejar que el niño se nos vaya con el agua, en vez de haber tirado el agua y mantenido el niño....En Nueva York deciden no imponer el aislamiento social sino la distancia social porque la noción de libertad y autonomía inscrita en sus habitantes harían muy difícil tal decisión. Japón confía en que la disciplina de sus habitantes hará posible el enfrentamiento de la emergencia sanitaria sin necesidad de medidas de confinamiento. Perú envía a sus habitantes a una cuarentena total muy temprana y va volviendo más estrictas las medidas, haciendo que los hombres y las mujeres puedan salir a la calle, por las razones permitidas, en días separados como una forma de hacer valer las medidas que son desobedecidas por un conjunto no despreciable de la población. La seducción inmediata, por cierto, es entender estas diferencias apelando a los estereotipos, y, por supuesto, imagino que estaremos de acuerdo en que esa no es una vía que le conviene transitar a la sociología, pero quizás la apuesta sería, más que desechar el problema buscar maneras nuevas, más consistentes, más ajustadas a nuestros avances teóricos, de volver a la cuestión de los rasgos colectivos nacionales. En todo caso, sus consecuencias no son menores, como lo sugiere esta crisis...y hacer como que no existen porque no contamos con las

herramientas precisas para abordarlo de maneras que nos parezcan razonables y satisfactorias no nos disculpa de no hacerlo...

De todo lo mucho que esta crisis nos heredará como tareas pendientes, quizás éstas no sean las experiencialmente más importantes, tampoco las humanamente más sensibles, menos todavía las estructuralmente más relevantes, pero para la teoría social, que es una de las fuentes de garantía más importantes para resguardar la acuidad de lo que podemos aportar a nuestras sociedades para comprenderse a sí mismas y actuar sobre sí, sin duda, no son las tareas menores.

Una aproximación sociológica a la forma social del SARS-CoV-2

Sergio Pignuoli Ocampo*

Universidad de Buenos Aires - CONICET

La sociedad mundial experimenta actualmente una pandemia de SARS-CoV-2. La coyuntura es repentina e incierta y las proyecciones, catastróficas, siendo su característica la existencia simultánea de impactos contundentes en los ámbitos fundamentales del mundo social. En esta circunstancia, el SARS-CoV-2 presenta dos desafíos a las ciencias sociales. Por un lado, establecer su forma social en diálogo con los conocimientos virológicos, infectológicos y epidemiológicos ya disponibles, y, por otro lado, observar la variedad de escenarios sociales, ponderando la excepción de la coyuntura. En estas líneas, nos aproximaremos a la forma social del SARS-CoV-2 a partir del esquema riesgo/peligro y delinearemos un análisis de sus impactos en la sociedad, la política, la economía y las organizaciones.

Para observar la forma social del SARS-CoV-2 es importante dialogar con aquellos saberes virológicos y epidemiológicos que permitan precisar las condiciones biológicas y poblacionales sobre las cuales los procesos sociales en curso no pueden operar como tales. La virología determinó que el SARS-CoV-2 es un virus envuelto cuyo genoma consiste en una única molécula de ARN simple cadena

* Profesor de Sociología en la Universidad de Buenos Aires. Investigador adjunto del CONICET en el Instituto Gino Germani, Facultad de Ciencias Sociales, UBA.

de sentido positivo, perteneciente a la gran familia de los *Coronaviridae*. Se ha establecido que es agente patogénico causal de la epidemia de neumonía atípica (COVID-2019) y hasta el momento no existen ni terapias antivirales específicas ni vacunas. Desde el punto de vista epidemiológico, el brote se originó en China y en pocas semanas se propagó a los cinco continentes, siendo declarado “pandemia” por la OMS el 11 de marzo último. Actualmente, el SARS-CoV-2 muestra una tasa de letalidad baja comparada con los brotes epidémicos recientes de otros coronavirus (SARS-CoV-1, MERS), siendo objeto de investigación la incidencia de dos factores no virológicos: la subestimación de positivos y la respuesta sanitaria insuficiente. A pesar de la baja letalidad relativa, el registro global al 13/4/20 de 119.699 decesos, 1.925.179 positivos confirmados y media humanidad en aislamiento social preventivo representa ya un desastre humanitario, mientras que las proyecciones arrojan escenarios calamitosos. La distribución demográfica del brote muestra mayor frecuencia de positivos en países con mejores índices de desarrollo humano y entre poblaciones de ingreso medio, medio-alto y alto, aunque su propagación en países con índices más deteriorados y sectores de menores ingresos representa una incertidumbre humanitaria de primer orden.

Los conocimientos virológicos y epidemiológicos del SARS-CoV-2 nos permiten observar su elaboración social mediante la distinción riesgo/peligro. Ambos términos designan el planteo de una amenaza, el peligro la atribuye a sucesos del entorno y el riesgo, a acciones del sistema. Antes de ser declarada “pandemia” por la OMS, la comunicación sobre la propagación del SARS-CoV-2 adoptó distintas formas, ora como peligro, ora como riesgo, lo que nos permitió observar una llamativa oscilación entre ambos términos. Se la consideró, por caso, un peligro atribuido a los hábitos de las primeras regiones afectadas, o se minimizó el riesgo y así la necesidad de actuar contra ella por su baja letalidad relativa confrontada con otras epidemias recientes (SARS, MERS, H1N1—esto último fue falsado *a posteriori* por la OMS). El heterogéneo escenario cambió abruptamente al llegar el brote a las potencias europeas y angloamericanas y, sobre todo, al ser declarado “pandemia”, constituyéndose este en un punto de no retorno en la elaboración de su forma social. Es a partir de allí que el SARS-CoV-2 adquiere la forma de riesgo para la sociedad mundial. El virus ya no será considerado un peligro, sino un riesgo; su propagación ya no será un suceso natural o providencial, externo a la sociedad, sino que sucederá dentro de ella y a causa de su accionar. Este profundo

cambio determina el hito en el cual nos encontramos hoy día y desde este punto de inflexión partirán los análisis que siguen a continuación.

Si bien es prematuro para ser concluyentes, al observar la sociedad mundial no se identifican hasta el momento elementos que permitan aseverar que el riesgo del SARS-CoV-2 esté llevando la diferenciación funcional a un umbral de catástrofe ni forzando el paso a una sociedad post-funcional. En los sistemas funcionales se observan a su vez impactos de signo y grado variables que pueden agruparse en tres tipos: 1) impacto positivo por espiralamiento acelerado de operaciones (ciencia, *mass media* y política), 2) impacto negativo moderado por ralentización (educación), 3) impacto negativo crítico, o bien por inactividad repentina (deportes y economía), o bien por insuficiencia de recursos (salud). En algunos sistemas y códigos los impactos son aún incipientes (derecho, arte y moral). Se observan, finalmente, interacciones con otros riesgos globales, en especial con los ecológicos (por ej. se registra una disminución histórica de emisiones CO₂). Dedicemos un momento a la política y la economía en tanto exponentes de impactos de distinto tipo.

El riesgo SARS-CoV-2 ha desplegado un escenario excepcional para la política, dado que la incertidumbre que genera y las acciones rápidas, y de gran escala, que exige han intensificado, acelerado y espiralado la toma de decisiones colectivamente vinculantes. El tipo de decisión requerido ha reforzado las instancias políticas capaces de tomarlo, centralizando la espiral en los gobiernos a nivel nacional y reforzando radialmente las instancias gubernamentales situadas por encima y por debajo de aquellos. La centralización del proceso en el gobierno condiciona la política de oposición e introduce en ella una distinción, pues la política de oposición más favorecida por este proceso es aquella ejercida desde instancias sub-nacionales de gobierno, con capacidad para tomar decisiones colectivamente vinculantes alternativas a las nacionales, y resulta debilitada aquella que no es ejercida desde instancias de decisión y administración pública, colocando al sistema de partidos en una situación secundaria. Esta dinámica coyunturalmente centralizada de gobierno/oposición aumenta la presión sobre la obtención de resultados y sobre su publicidad. En este sentido, el escenario político planteado por el riesgo SARS-CoV-2 es excepcional, no parece ser ni el de “la vuelta del Estado” ni el del “oportunismo de los políticos”, sino que está estructuralmente pletórico de oportunidades políticas extraordinarias, diferenciadas por el momento de los premios

y castigos ordinarios de la economía, en el que la innovación política está forzada a explotar posibilidades inciertas con márgenes de legitimidad y costos de ilegitimidad muy altos.

La economía enfrenta una situación sin precedentes en la breve historia del capitalismo, a saber, por primera vez la inactividad precede a la crisis. La crisis ya presente, y la que se avizora con fortísima contracción de la inversión, tasas de desempleo, pobreza e indigencia galopantes, desbalances fiscales severos, etc., escapa a los principales modelos de crisis de la ciencia económica, sean monetaristas, marxistas y/o heterodoxos. Se observa una caída vertical de la actividad global y no hay déficit fiscal ni caída de la tasa de ganancia o de la demanda agregada que la expliquen causalmente. Esos factores se están dando, y se están dando en simultáneo, pero como consecuencia del impacto del riesgo SARS-CoV-2 en la actividad económica, y no a la inversa. El riesgo, y no las decisiones políticas, pulverizó toda proyección en materia de producción, comercialización, financiamiento y consumo, acelerando y espiralando el impacto negativo en las cadenas de pago privadas y públicas. Las expectativas juegan un papel destacado en el escenario. Así lo muestran las caídas abruptas y las subas meteóricas de precios clave y habitualmente poco elásticos como el barril Brent, la onza Troy física o el Bono a 20 años de la Reserva Federal. Esto se debe a que la destrucción de las previsiones generó una volatilidad extraordinaria en las expectativas de inversión, recalentando la incertidumbre y proyectándola en el mediano y largo plazo. Se produce precisarse porque la caída vertical de la actividad no es una caída generalizada. Se observan caídas significativamente menores, e incluso subas, y por tanto ventajas comparativas, en aquellos sectores donde la operatoria digital y la economía 2.0 en general fueron previamente incorporadas. Ellos ofrecen nichos para la inversión y, por tanto, para la formación de burbujas. Otro tanto se observa en los incipientes protocolos y certificaciones de bioseguridad e inmunidad. Así, en términos generales, se observa que la evolución del ciclo económico está por el momento asociada con la evolución de las incertidumbres del riesgo SARS-CoV-2.

En las organizaciones, la incertidumbre asociada al riesgo SARS-CoV-2 se plantea como un escenario contradictorio. La incertidumbre es positiva porque pueden explotarla mediante la intensificación de la toma de decisiones y la persecución de nuevos objetivos. Sin embargo, en la medida en que todas las organizaciones —no sólo las económicas— dependen de la economía en términos de recursos, y que

en ella el impacto es crítico, la explotación organizacional de incertidumbres está fuertemente condicionada por la escasez de recursos presente y futura. Asimismo, el espiralamiento de las decisiones colectivamente vinculantes que tiene lugar en la política agrega un factor de irritación y tensión en las decisiones, objetivos y condiciones de las organizaciones. El escenario se caracteriza así por un riesgo organizacional creciente, donde la forma del SARS-CoV-2 plantea incertidumbres extraordinarias para ser explotadas por las organizaciones, pero la espiral negativa crítica de la economía les condiciona fuertemente los recursos para hacerlo y la espiral positiva de la política irrita decepcionante y permanentemente sus cursos de acción.

Para concluir, en los escenarios analizados se observa que la forma actual del SARS-CoV-2 es un factor preponderante, asociado con la irrupción de una fuerte incertidumbre, impactos contundentes y procesos excepcionales, diversos y tensionantes. Vista prospectivamente, la amenaza puede mermar o recrudecer. La posibilidad de merma menos utópica es el pronto hallazgo de terapias específicas. Las posibilidades de recrudecimiento gozan de mayor factibilidad, destacándose entre ellas la dilación de tales hallazgos y/o la conjunción con amenazas emergentes de la espiral de la inactividad económica. La única certeza prospectiva es que la forma social evolucionará, que lo hará más temprano que tarde y que afectará todos los escenarios, siendo aún especulativo saber cómo.

En el portal de la pandemia Reflexiones desde el Perú

Carmen Ilizarbe Pizarro*

Pontificia Universidad Católica del Perú

La pandemia global desatada por el coronavirus es enfrentada por gobiernos y sociedades del mundo con estrategias distintas que se van desarrollando sobre la marcha. Las primeras experiencias en China, Italia, Corea del Sur o España son referentes obligados e instructivos para los gobiernos, pero no funcionan como modelos. Son más bien casos que desde la comparación y el contraste revelan las posibilidades y retos de la propia situación, y obligan a considerar lo particular y específico en el acelerado proceso mundial de adaptación y diseño de políticas de contención. Cada estrategia se materializa necesariamente en cuerpos sociales —no sólo sistemas políticos o económicos— cuyas idiosincrasias, tradiciones y valores, así como sus circunstancias, determinan derroteros y resultados específicos. Y en la ruta única que cada país va siguiendo para enfrentar la amenaza común, se revelan paradojas, tensiones y posibilidades de cambio impensadas hace solo unos meses atrás. La pandemia es un portal, ha dicho Arundhati Roy, una puerta entre este mundo y otro porvenir. Quizás sea posible transformar el

* Doctora en Ciencias Políticas, The New School, EE.UU. Profesora de Ciencia Política en el Departamento de Ciencias Sociales de la Pontificia Universidad Católica del Perú.

mundo conocido y mal vivido que tenemos en uno mejor. Mínimamente es posible avizorar cursos alternativos, inimaginables hace solo unos meses. La apuesta por conservar el futuro fuerza en el presente cambios descomunales a nivel masivo, impensados e indeseados por la mayoría, pero aceptados crecientemente como necesarios. El portal se abre y como una fuerza irresistible somos succionados a través de él. Nos preguntamos aquí y allá, ¿cómo saldremos de esto?, pero también, ¿cuánto de lo que estamos cambiando por fuerza en el presente es parte de re-construirnos en una dirección distinta a la que señalaban la inercia de la política y la economía global?

Quiero acercarme a estas preguntas desde una reflexión sobre el proceso que se va desarrollando en el Perú, donde la estrategia adoptada después de identificado el primer caso de COVID-19 ha sido la del aislamiento social forzoso debido a las precarias condiciones sanitarias y de extrema desigualdad social en las que debemos enfrentar la posibilidad del contagio masivo y simultáneo. El gobierno tuvo que reconocer que no tenemos un sistema de salud público capaz de atender eficientemente ni siquiera al 10% de la población. Además, llegamos tarde a la competencia por comprar respiradores artificiales, tests, mascarillas, guantes e implementos médicos esenciales para surtir mínimamente al personal médico, que también es escaso. Así, se optó por la estrategia del martillo y el baile, al decir del Ministro de Salud. La metáfora promete que los grandes sacrificios iniciales serán recompensados luego con una situación de mayor distensión social, después de uno o dos meses de golpes constantes para aplanar la curva de crecimiento de casos de infección. Vamos mejor que varios países en el control del contagio, pero no es posible aun cantar victoria.

El martilleo se inició con un decreto supremo del Poder Ejecutivo (DS 044-2020-PCM) que instituyó el Estado de Emergencia Nacional y una cuarentena que ya se acerca a los 30 días. Luego vendría el toque de queda nocturno, restricciones a las salidas diurnas e incluso la segregación por sexo de acuerdo a días de la semana, con detenciones y amenaza de denuncia penal a los transgresores que en dos semanas sumaron 50,000 personas. En el marco del régimen de excepción se cerraron las fronteras, las escuelas y universidades, y todo espacio de encuentro social que no fueran hospitales, farmacias, centros de abastecimiento, comisarías y bancos. Las actividades laborales, productivas y comerciales se suspendieron, a excepción de las que fueron consideradas indispensables para asegurar la

subsistencia de la población en el marco de la emergencia sanitaria. Así, los profesionales de la salud pasaron a la primera línea del frente, aunque en condiciones de extrema carencia. La agricultura y la ganadería de pronto fueron prioritarias después de décadas de abandono estatal para privilegiar actividades extractivas. La policía y las fuerzas armadas asumieron el control social y la circulación de patrullas policiales, amenazantes tanquetas y camiones portatropas en las calles, cada vez más vacías, se hizo rutinaria. El sonido de sirenas de ambulancias y megáfonos de patrulleros alternando recriminaciones con canciones nacionalistas para una población crecientemente asustada se hizo cotidiano. Las barrenderas y los trabajadores de la limpieza pública han tenido menos reconocimiento social que las fuerzas represivas, pero con todos sus rostros y la importancia de su trabajo se han hecho visibles. Y el presidente le habla todos los días a un país pendiente de cifras y gráficos que intentan medir tendencias, mientras empezamos a reconocer colectiva y abiertamente que tres décadas de régimen neoliberal y desmantelamiento de los sistemas básicos de bienestar y seguridad social, y de la propia idea de lo público y de bien común, nos pasan ahora una factura carísima, imposible de pagar usando solamente dinero. El 8% del PBI destinado por el gobierno para enfrentar la pandemia y aliviar el impacto de los martillazos es importante, pero quizás lo son más otras medidas como el creciente reconocimiento de la vulnerabilidad económica de sectores considerados de clase media, la atención a personas en situación de indigencia, o la adopción de prácticas más respetuosas con identidades de género no heteronormativo.

En este tiempo extraordinario que se va prolongando más allá de lo que podemos avistar, alterada nuestra sensación de lo normal por fuerza y desde fuera de lo humano, emergen paradojas y tensiones, pero también nuevos sentidos de lo posible que vale la pena resaltar. Aunque sea imposible saber a dónde nos conduce este portal, estamos ya inmersos en un complejo proceso de auto-transformación que cada día nos separa más y más del mundo que dábamos por sentado y orientaba nuestro comportamiento y hasta nuestros sueños. No se trata de ignorar la fuerza de lo instituido, la potencia del conservadurismo, ni las ventajas muy bien instaladas de quienes dominan aun si no gobiernan. Tampoco las tensiones internas que impiden la unificación de la sociedad como un solo cuerpo. Se trata más bien de identificar también cómo de pronto se cuele el reconocimiento de nuestra interdependencia y vulnerabilidad; cómo se nos revela nuestra condición de especie cuya sostenibilidad depende de su capacidad de actuar

concertadamente; cómo se altera nuestro sentido de lo que realmente importa y cómo vamos en los hechos rehaciendo nuestras acciones individuales y colectivas en una dirección que podría implicar cambios de fondo.

Mucho más que un cacerolazo Resistencias sociales en tiempos de coronavirus*

Breno Bringel**

Universidad Estadual de Rio de Janeiro

Tan pronto la pandemia del coronavirus fue llegando a América Latina, se difundió una oleada de sentimientos muy diversos entre la población. Agobio frente a la saturación de acontecimientos, ansiedad frente al encierro, frustración ante la impotencia y perplejidad ante lo desconocido. En algunos casos, como en Argentina, la respuesta gubernamental fue rápida y relativamente bien coordinada. En otros casos, como en México, hubo mucha negligencia inicial. Y, aunque Sebastián Piñera en Chile, Lenin Moreno en Ecuador o Iván Duque en Colombia se esforzaron bastante para llevarse la palma del presidente más necio ante la emergencia sanitaria, obviamente nadie ha logrado superar a Jair Bolsonaro. Sus irresponsables posiciones y desastrosas apariciones públicas dejaron a los brasileños con una fuerte sensación de desprotección e, incluso, de rabia frente a uno de los pocos mandatarios del mundo que se ha atrevido a contrariar abiertamente las

* Publicado en *Latinoamerica 21* y en *Open Movements / Open Democracy*, 1/4/2020

** Breno Bringel es Profesor de la Universidad del Estado de Río de Janeiro. Miembro del comité directivo de la Asociación Latinoamericana de Sociología y presidente del Comité de Movimientos Sociales de la Asociación Internacional de Sociología.

recomendaciones de la Organización Mundial de la Salud, deslegitimando también a los científicos.

El miedo al virus (y, en muchos casos, principalmente a sus consecuencias) es una postura muy explayada, pero todavía peor es el negacionismo de aquellos que siguen minimizando la importancia de la pandemia. Con argumentos como “la letalidad no es tan alta”, “mata más la gripe” o “ya hemos tenido epidemias y pandemias peores en la historia”, Bolsonaro y su séquito buscan, una vez más (tal como ya lo hicieron antes con el holocausto o el cambio climático), generar controversias ante hechos empírica e históricamente verificables sobre los cuales existe un amplio consenso. Sea por egoísmo, por convicciones religiosas, por estrategia política o por perturbaciones psíquicas de algún tipo, ponen en riesgo la vida de contingentes enormes de la población, especialmente los más vulnerables.

A pesar de esta dramática situación causada por una posición inhumana frente a la pandemia, las medidas de aislamiento físico y las duras políticas de restricción a la movilidad, aunque necesarias para intentar contener la expansión del contagio, traen consecuencias que necesitan mayor discusión. Ello debe hacerse no por los motivos expuestos por la extrema derecha, sino por el hecho de que puede poner en jaque nuestras libertades y la democracia, fortaleciendo el autoritarismo social y político ya tan diseminado.

El Estado interventor es reivindicado ahora hasta por los neoliberales, pero con él también vienen los militares en las calles, los estados de emergencia en los que todo se suspende y la instalación de una lógica bélica no sólo contra el virus, sino también contra algunos sectores de la sociedad. Medidas de concentración de poder adoptadas para combatir el Covid-19 pueden incluso ser necesarias para posibilitar el atendimento público de la salud y la “protección” de la población. Sin embargo, hay una frontera muy tenue entre eso y las derivas autoritarias. Asimismo, es importante recordar que si el confinamiento masivo aparece hoy como prácticamente la única alternativa, esto se debe, en gran medida, a la política de privatización de las últimas décadas. El neoliberalismo destruyó tanto la salud pública que, en situaciones como esta, no tenemos la capacidad de poder contar (ni siquiera en los países europeos que antes estaban orgullosos de ello) con una respuesta pública a la altura.

La cuarentena es necesaria, pero algunas políticas de excepción que empezamos a ver en varios países son insostenibles. Sabemos, además, que no empezaron con el coronavirus y, en algunos casos, podrán no desaparecer cuando la pandemia haya pasado. Ya estaban ahí, militarizando los territorios y las vidas, bien como contribuyendo a crear nuevos enemigos, internos y externos. Vivimos la biopolítica en estado puro, con una aceptación histórica de la población. Antes, vigilaban y punían. Ahora, vigilan, punen y todos aplaudimos, encerrados en nuestras casas. Pero no nos engañemos: la vigilancia permanente—de las formas más clásicas a los rastreos digitales y drones—, el control y el manejo de *big data*, los nuevos dispositivos de reconocimiento facial y otras formas sofisticadas de control social no se están profundizando sólo para combatir a un virus.

Es necesario neutralizar a los negacionistas y a los oportunistas, pero también debemos reconocer que hay una dimensión trágica en el confinamiento: es socialmente necesario, pero políticamente peligroso. Eso ocurre porque no podemos aislar la excepcionalidad de las medidas típicas de este momento con la conturbada coyuntura política que vivimos en nuestra región y en el mundo. Pensemos, por ejemplo, en las consecuencias de un posible cierre total de fronteras y en los usos y abusos del estado de sitio para fines otros. Eso no es un tema menor en el actual escenario de confrontación política, desde el Chile insurgente y rebelde hasta una Bolivia golpeada o una Venezuela ya tan apremiada de agitaciones e inestabilidades. Además, estamos sólo en el inicio de una emergencia sanitaria, que, en sociedades tan desiguales como las nuestras, también debe ser vista como una emergencia política y social.

Aprendizajes políticos y resistencias sociales en tiempos de coronavirus

Este retrato sombrío de la política en tiempos de reclusión contrasta, sin embargo, con un escenario de aprendizajes políticos que la actual situación contribuye a visibilizar. El primero de ellos es la importancia de la lucha contra el antropocentrismo. Si la propia emergencia del coronavirus es resultado de nuestros desequilibrios ecosistémicos, la desaceleración de la economía y poco más de una semana de restricciones de coches y vuelos han servido para que la mayoría de las capitales del mundo hayan visto sus estratosféricas tasas de contaminación

bajar hasta la mitad, mientras vemos insólitas imágenes de animales circulando por calles vacías. Eso nos recuerda que sin lucha contra el cambio climático, por alternativas al desarrollo y por la justicia ambiental no habrá planeta ni vida que se sostenga en el futuro próximo.

Otro aprendizaje societario de la política en tiempos de coronavirus es la centralidad de los cuidados para mantener la vida y su reparto absolutamente desigual. Las feministas llevan tiempo insistiendo en ello y ahora el confinamiento de medio mundo en sus casas, con niños sin cole y la familia al completo bajo el mismo techo, lo vuelve todavía más explícito. Casi escandaloso. Para que las tareas del cuidado no sigan recayendo casi exclusivamente en los cuerpos de las mujeres, la cuarentena debería ser vista como una oportunidad de inflexión para que los hombres puedan involucrarse activamente en un cambio radical de escenario, transformando la organización del trabajo en casa y fuera de ella. A los hombres, el mensaje es claro: no basta con empezar ahora y luego, tras el fin de la cuarentena, decir “no tengo tiempo”. Debemos emprender un camino sin vuelta atrás. Sólo así se podrán construir, en términos prácticos, sociedades más igualitarias y alternativas antipatriarcales.

Un tercer eje de aprendizaje tiene que ver con la defensa y reconstrucción de lo público. Tras décadas de desmantelamiento de los servicios públicos por el neoliberalismo, la lucha contra el coronavirus ha visibilizado la importancia de la salud pública, gratuita y universal, así como la centralidad de la financiación pública para investigaciones socialmente relevantes. El momento también es crítico: o defendemos y reconstruimos la salud pública (y los servicios públicos en general), en un momento donde queda muy clara para toda la sociedad su importancia, o no habrá tampoco vuelta atrás. Se trata de anteponer el bienestar general de las personas frente a las reacciones del mercado y los operadores políticos de la mercantilización. Y, en última instancia, de poner la vida ante la economía y el capitalismo, algo que excepcionalmente encuentra eco en este momento, aunque no sabemos hasta cuándo.

Más allá de la defensa de lo público, la crisis contemporánea también está poniendo en cuestión la importancia de la colectividad y la vida comunitaria. Paradójicamente, en un momento donde el aislamiento tiene un carácter eminentemente individual, varias iniciativas sociales pasan a valorizar más la vida en

común. Nos sentimos más solos y estamos más vulnerables, pero también se ha potenciado la empatía, la solidaridad y una serie de redes de apoyo mutuo. Jóvenes que se disponibilizan a hacer la compra de alimentos o medicamentos para población de riesgo que no puede salir de casa; familias que se disponen a cuidar de niños de otras familias que tienen que seguir trabajando; iniciativas que promueven intercambios y trueques en momentos de cierre de los comercios y de necesidades económicas apremiantes; colectivos que ofrecen ayuda psicológica y/o laboral para los que ya están sufriendo de manera más directa las consecuencias de la crisis. El fortalecimiento de los lazos sociales y de los vínculos comunitarios, por lo tanto, es otra de las potencialidades de resistencia en tiempos de coronavirus.

Asimismo, otro aprendizaje que sale a flote con la pandemia está relacionado a la alimentación. Ir a hacer la compra es uno de los pocos motivos por los cuales podemos salir de casa y muchos estamos asustados por la posibilidad (real o imaginaria) de desabastecimiento de productos básicos en muchos lugares. Los medios de comunicación reproducen imágenes de colas en los supermercados ante la alarma social y las compras compulsivas. Pero lo que realmente está en juego es el derecho a la alimentación. Hace décadas que los movimientos campesinos y redes alimentarias llaman la atención para un modelo insostenible de alimentación concentrado en grandes superficies de distribución, reivindicando como alternativa la seguridad y la soberanía alimentaria. En momentos como los actuales, más que nunca, nos ponemos a pensar sobre qué y cómo se produce, se consume y se distribuye. La disyuntiva es clara: o apostamos todas las fichas en un cambio de nuestros hábitos, pero también del sistema alimentario como un todo (con cadenas relocalizadas y productos sostenibles y ecológicos, por encima de las exigencias de las grandes empresas y del mercado) o estaremos abocados a una profundización de la catástrofe alimentaria.

Ante la emergencia provocada por la crisis sanitaria, la resistencia social no se restringe a cacerolazos en los balcones y ventanas. Está también arraigándose en iniciativas sociales diversas que vislumbran las emergencias sociales de una transición necesaria. Sin ellas y el fortalecimiento de redes ciudadanas, vecinales y los movimientos que las sostienen (principalmente ecologista, feminista, juvenil, comunitario y campesino-indígena) nuestro horizonte de futuro se verá todavía más restringido.

Hipocresía, crisis, excusa

Secuelas del capitalismo con virus

Alfredo Falero*

Universidad de la República, Uruguay

De pronto sucedió lo socialmente impensable: un virus con características de pandemia paraliza sociedades enteras, genera confinamientos o medidas similares y obliga a ralentizar o directamente cortar numerosas actividades sociales. Y esto significa afectar duramente la dinámica social de acumulación de capital. Lo que sólo se podía visualizar a través de alguna película de ciencia ficción que fuera en la línea de imaginar un apocalipsis global, ahora comienza a tener aristas de realidad. En este contexto, los aportes de las Ciencias Sociales pueden ser múltiples aunque debe decirse que las toman bastante desprevenidas.

Piénsese por ejemplo lo que trae aparejado ese origen numerosamente consignado en la ciudad de Wuhan a fines de 2019, la tendencia a la simplificación sin reflexión de las sociedades y por tanto la canalización de responsabilidades hacia el “virus chino”. No se trata meramente de una percepción sin mayores derivaciones. El miedo, la impotencia, la desconfianza, la indignación bien se puede cristalizar en las relaciones sociales en dinámicas de estigmatización contra la población de rasgos asiáticos. También puede pensarse que resulta tentador utilizarlo como

* Dr. en Sociología, profesor e investigador del Departamento de Sociología, Facultad de Ciencias Sociales, Universidad de la República, Uruguay.

un recurso simbólico adicional en las luchas por el control geopolítico. Después de todo, esto comenzó en China y no en Estados Unidos. Se verá lo que ocurre.

En este artículo también se propone hablar de futuro inmediato y pensar en términos de escala global pero focalizando en algunos aspectos de lo que desnuda el virus de la situación actual. Y a esta escala, un primer punto que es necesario considerar es que si bien no existen eventos en la historia reciente comparables (y esto amplifica la incertidumbre actual), sí existen a lo largo de la construcción del sistema-mundo -ahora en crisis- situaciones similares complejas. Sólo que no tuvieron prensa y posibilidad de divulgación similares.

William Mc Neill, en "Plagas y Pueblos", consignó en su libro de la década del setenta el tremendo impacto inicial de la peste negra en el siglo XIV. En ese contexto, Milán, ciudad de una de las regiones claves del sistema-mundo naciente, se salvó bastante. Actualmente, en cambio (ironía de la historia), ocurrió notoriamente lo contrario. Otro desastre de proporciones pero que afectó directamente a la actual América Latina, fue con las poblaciones amerindias de México y Perú por el contacto con los españoles. También entonces la densidad de población (en ese momento a partir de las posibilidades de alimentación), favoreció la expansión de enfermedades que se trajeron al cruzar el océano. Se calcula que solo considerando la región de influencia de Cortez, en menos de cincuenta años, la población amerindia se redujo al diez por ciento.

Un segundo punto es que si bien se vive una situación sanitaria global compleja, por el momento las regiones centrales de acumulación son las particularmente afectadas por la pandemia. La pregunta que se propone ahora no procura ni minimizar el tema ni pasar facturas, sino promover la reflexión. Pero, ¿se habría reaccionado de la misma forma, habría sido centro de atención informativo, si el problema estuviera acotado a crisis sanitaria y muertes masivas en regiones periféricas como América Latina o África?

La respuesta es claramente negativa. Porque basta pensar lo ocurrido con el Ébola en África (con una tasa de letalidad de hasta el 90% y una tardía vacuna actual, según parece) o el Dengue en América Latina (se calculan más de 1500 muertes y más de tres millones de casos de infección el año pasado). No se vio especial preocupación global en esos casos. Y se están mencionando sólo enfermedades

declaradas, no problemáticas sociales que la potencian. ¿Acaso los más de mil millones de personas que pasan hambre a nivel global genera igual nivel de urgencia y sensibilidad? Aquí pueden acumularse numerosas estadísticas con un resultado similar: no vale lo mismo la vida si se habita en regiones centrales que en regiones periféricas y se actúa en forma brutalmente desigual.

De modo que la actual situación desnuda una hipocresía de fondo. Y eso también tiene un componente de clase social. Se excusará la provocación, pero la ventaja del problema actual es que afecta por igual a ricos y a pobres. De hecho, en Uruguay (desde donde se escriben estas líneas) uno de los principales orígenes está en el regreso de Italia—ya con el problema declarado—de una empresaria que contrajo el virus y sin pensarlo concurrió inmediatamente a un casamiento en el barrio Carrasco—de clase alta—en Montevideo.

Pero no se trata aquí de un enjuiciamiento moral. Diría Bourdieu, hay un hábitus de clase en esa conducta, en una trayectoria de vida que no está acostumbrada a que le digan qué hacer o donde detenerse. No es lo mismo que una subestimación de riesgos por falta de capital cultural o por sentido práctico. Esto es construcción de las ideas de individuo y de colectivo. Pero la capacidad de autoreflexión para manejarse en temas como estos, la capacidad de ponerse en el lugar del otro para prevenir, está anulada. Lo que en Uruguay y la región se impuso en las disposiciones a actuar cotidianamente en los últimos años, no es precisamente la sensibilidad social sino todo lo contrario, el individualismo competitivo más exacerbado. Coyunturalmente la presencia del virus lleva a despertar abruptamente del sueño y cambia algunas cosas en cuanto a percepciones y disposiciones a actuar.

Un tercer punto se relaciona con la crisis en un doble sentido: sanitaria y económica. El coronavirus desnuda una crisis sanitaria de enormes proporciones en la región y a nivel global, particularmente cuando la salud se convierte en mercancía pura y no un derecho social. Que Estados Unidos—y las posiciones latinoamericanas genuflexas de muchos gobiernos en los que se apoya—sigan enjuiciando a Cuba cuando se considera el diferencial papel del Estado en la salud pública en uno y otro caso, ya se ubica en lo absolutamente ridículo.

Pero esta crisis sanitaria es también una crisis económica. Ya se aprecia la discusión sobre la secuencia, qué es lo primero, qué es lo segundo. Seguramente no

será lo que se escuche hegemónicamente, pero la pandemia es catalizadora de una crisis económica que ya se venía gestando. Por ejemplo, quien haya venido siguiendo los artículos de Michel Roberts (puede apelarse a otros autores), y si se consideran los ciclos del capitalismo y las evidencias del 2019, la crisis económica que se está desplegando no puede sorprender (a diferencia del virus).

Pero, último punto, cuando todo esto pase, la pandemia será la excusa perfecta de todos los problemas económicos y sociales que se avecinan. En un período de confinamientos inducidos, de sobrerrepresentación del poder médico en la comunicación cotidiana, de explosión de problemas sociales con acelerada precariedad y vulnerabilidad, de incertidumbres varias, es casi natural que la idea de futuro se presente como un regreso a los viejos tiempos idealizados. Pero, ¿realmente volverá a ser todo como “antes”? Además ese “antes” en general no es más que la administración de la extrema desigualdad global, el “derrame” de lo que queda del festín de unos pocos. Es una base débil para pensar el futuro.

No será por este virus que el ascenso de la región del Pacífico y especialmente China será frenado. Si esto conduce a nuevo sistema-mundo mejor o peor, o si es un sistema-mundo multipolar de equilibrios precarios o directamente de desplazamiento del centro hegemónico del Atlántico al Pacífico, es otra historia. Dependerá de la capacidad social y de las luchas que se generen. Las sociedades deben prepararse para la movilización social que evite que los platos rotos los paguen los mismos de siempre. La madre de todas las batallas no es contra el virus que seguramente se neutralizará –que la clase alta e integrantes de la elite política global también se contagien es la garantía social para ello- es contra la reproducción de privilegios de un sistema-mundo en decadencia.

Apostilla sobre el imaginario apocalíptico*

Santiago Roggerone**

Universidad de Buenos Aires-CONICET

Independientemente de la pandemia y las reconfiguraciones sistémicas que ella plantea tanto a nivel ideológico como a nivel del propio patrón de acumulación del capital, las recientes intervenciones de filósofos como Giorgio Agamben, Franco 'Bifo' Berardi, Judith Butler, Byung-Chul Han, Paul Preciado o Slavoj Žižek –y ésta es una lista de nombres sólo parcial– giran en torno a una misma cuestión: la experiencia de la finitud y los imaginarios de destrucción y renacimiento, desenlaces violentos y nuevos comienzos, que la misma suscita.

Como ha señalado Martin Jay, los imaginarios eminentemente apocalípticos han sido una constante durante los últimos dos fins-de-siècle (Jay, 1980). A decir verdad, se trata de toda una tradición escatológica que se remonta al menos al siglo II a. C., cuando según el consenso académico el Libro de Daniel es escrito. Puntualmente, en la década de 1990, y de la mano de blockbusters como Armageddon o Deep Impact, las fantasías centenarias e incluso milenaristas que “el pensamiento apocalíptico” conlleva retornaron “con creces” (Jay, 1993). El Y2K, sin embargo, nunca ocurrió. Ni siquiera los ataques cometidos contra el World Trade Center, a través de los cuales nos fue dada una suerte de bienvenida al desierto de lo Real, supusieron el fin de algo significativo (Žizek, 2002). Lo cierto es que,

* Las siguientes reflexiones se iniciaron en Facebook a partir de un intercambio con Ezequiel Gatto.

** Investigador del Conicet y profesor de sociología en la Facultad de Ciencias Sociales de la Universidad de Buenos Aires.

más allá de la frondosa cantidad de bienes simbólicos y mercancías culturales de tinte post-apocalíptico que no dejaron de aparecer tras el 11 de septiembre de 2001—filmes y series, más que nada, del furor del supervivencialismo y de la preparación para una catástrofe inminente, la vida continuó.

¿Hay evidencia entonces de que la propagación del COVID-19 alrededor del mundo suponga, esta vez en serio, el final de los tiempos? En medio de una época en la que incluso desde algunas usinas ideológicas del capital se habla cada vez más de crisis ecológica y cambio climático, ésta parecería ser la conclusión lógica. Al igual que mi amigo Ariel Petrucelli, creo, sin embargo, que el pánico que el virus ha generado no tiene que ver con su grado de letalidad —a decir verdad, el mismo es bastante bajo— sino, en verdad, con el hecho de que él “ha afectado a sectores sociales que tradicionalmente se consideran invulnerables. Y al poder social, económico, político y mediático que poseen” (Petrucelli, 2020a). En el mundo en que vivimos, algunas vidas (y muertes) valen más que otras: ése es el punto. “Para aquellos a los que siempre les pasa de todo, el COVID-19 es un problema más, y seguramente no de los más graves. Para aquellos a los que nunca les pasa nada, el COVID-19 es el fin del mundo” (Petrucelli, 2020b y 2020c).

Cuando desde la prensa y el progresismo más ramplón² se insiste con que después del Coronavirus ya nada se será igual, incluso que el capitalismo tal y como lo conocemos llegará a su término, es una responsabilidad de primer orden hacerse las preguntas que nadie parece dispuesto a hacerse. Querría entonces poner en duda aquí aquel dictum que desde hace algún tiempo ha hecho las veces de mantra para la izquierda, y que, en parte, funciona hoy como condición de posibilidad de la esplendorosa imaginación apocalíptica. Me refiero a la idea muy difundida según la cual es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo.

El primero en sugerir tal cosa habría sido, por supuesto, Fredric Jameson. Al comienzo de un libro publicado en 1994, el autor escribió: “Parece que hoy día nos resulta más fácil imaginar el total deterioro de la tierra y de la naturaleza que el derrumbe del capitalismo; puede que esto se deba a alguna debilidad de nuestra imaginación” (Jameson, 1994). Hay algo en relación a esta conocida cita, sin

² Me refiero al impacto causado por una fracción del progresismo que ha sabido hacer un maridaje con un punitivismo hasta hace no mucho reservado a los sectores más reaccionarios de la sociedad.

embargo, que constituye mucho más que un mero problema de traducción. En la versión original, Jameson habla no de capitalismo a secas sino, en verdad, de capitalismo tardío (late capitalism). Entonces, antes que el derrumbe (breakdown) del capitalismo tardío, aquello que para él sería más fácil de imaginar es el total deterioro (thoroughgoing deterioration) de la tierra y de la naturaleza —es decir, de nuevo, no el final de ambas cosas ni mucho menos del mundo tal como se nos presenta.

En otro trabajo publicado diez años más tarde, sí aparece la frase en cuestión. Ahora bien, el modo en que es emitida resulta verdaderamente revelador. Dice Jameson en relación a la literatura apocalíptica:

Si es cierto, como alguien ha observado, que es más fácil imaginar el fin del mundo que el final del capitalismo, probablemente necesitemos otro término para caracterizar las visiones cada vez más populares de destrucción total y de extinción de la vida en la Tierra, que parecen más verosímiles que la visión utópica de la nueva Jerusalén, pero que son también muy distintas de las diversas catástrofes (incluidas las antiguas inquietudes relacionadas con la bomba atómica en la década de 1950) prefiguradas en las distopías críticas (Jameson, 2005).

El condicional y la subordinada del comienzo son claves. Que la frase arranque con “si es cierto que...” implica que Jameson no está afirmando absolutamente nada. La subordinada, por su parte, deja ver que la idea con la que iniciaba *Las semillas del tiempo* mutó hasta tal punto que el propio autor terminó reconociéndola como ajena. ¿Qué pasó en el medio, sobre todo al interior de la izquierda y la intelectualidad crítica, para que la imagen adquiriera una tonalidad algo más catastrófica o catastrofista?

Una posibilidad es que alguien como Žižek llevara a Jameson al paroxismo para hablar, ahora sí, de fin del mundo y fin del capitalismo. Una lectura atenta de su multifacética e interminable obra, sin embargo, revela que esto tampoco es del todo así. En su introducción a *Ideología: Un mapa de la cuestión*, el filósofo esloveno plantea lo siguiente:

Hoy, como Fredric Jameson ha observado con perspicacia, ya nadie considera seriamente alternativas posibles al capitalismo, mientras que la imaginación popular es perseguida por las visiones del inminente “colapso de la naturaleza”, del

cese de toda vida en la Tierra: parece más fácil imaginar el “fin del mundo” que un cambio mucho más modesto en el modo de producción, como si el capitalismo liberal fuera lo “real” que de algún modo sobrevivirá, incluso bajo una catástrofe ecológica global (Žižek, 1994).

Al menos en el contexto de la formulación original de su planteo, Žižek dice entonces que es más fácil imaginar el fin del mundo que un cambio en o al interior del modo de producción en que vivimos –cosa que es mucho más modesta e incluso reformista que lo que el sintagma fin del capitalismo implica.

En verdad, la mutación del sentido de la reflexión se la debemos fundamentalmente a Mark Fisher, quien al comienzo de *Realismo capitalista*¹ habla de una “frase atribuida tanto a Fredric Jameson como a Slavoj Žižek: es más fácil imaginar el fin del mundo que el fin del capitalismo” (Fisher, 2009: 22). No obstante, como acabamos de ver, la cita es apócrifa. En último término, Fisher les hacía decir esto a los autores para introducir su propia idea de realismo capitalista –“la creencia generalizada de que no hay alternativa al capitalismo”–, la cual supuestamente remitiría a una cosa que en verdad nunca fue dicha (Fischer, 2013). Lo paradójico es que, en parte, la reescritura de Jameson y Žižek condujo al autor de *Los fantasmas de mi vida* a hacer precisamente lo contrario que se proponía: recuperar los futuros perdidos o inventarlos (Srnicek y Williams, 2015). Y con esto tuvo lugar toda una serie de efectos de inhibición y bloqueo de los imaginarios de futuro. Todos sabemos, por otro lado, cómo terminó la trayectoria de Fisher...

Como sea, el razonamiento ya no pertenece a nadie. Hace poco, por ejemplo, en el contexto de un debate con Emmanuel Álvarez Agis, Myriam Bregman aludió a Žižek y la frase apócrifa en cuestión pero introduciendo una nueva variación: lo que ahora parecía más fácil de pensar –es decir, no de imaginar– antes que el fin del capitalismo era el fin del planeta –lo que no es exactamente lo mismo que mundo, pues comporta una dimensión ecológica que el último signifiante no necesariamente posee. Una nueva versión de la idea podría ser: hoy en día, el final del capitalismo sólo puede ser imaginado en tanto y en cuanto final del mundo.

¹ Tal libro se publica en 2009, pero su génesis tiene lugar en el blog del autor, cuyo comienzo data de 2005, precisamente el año en que aparece *Arqueologías del futuro*.

La imaginación se encuentra entonces bastante lejos de su propio apocalipsis. A fin de cuentas, ella no parecería andar tan mal después de todo. Ante el pánico global generado por el COVID-19, es una obligación que la pongamos al servicio de la supresión y superación emancipatoria de un estado de cosas existente en el que las pandemias y catástrofes prometen ser cada vez más una realidad habitual.

REFERENCIAS

- Fisher, Mark (2009). *Realismo capitalista: ¿No hay alternativa?* Buenos Aires: Caja Negra, 2016 (2009), p. 22.
- Fisher, Mark (2013), *Los fantasmas de mi vida: Escritos sobre depresión, hauntología y futuros perdidos*. Buenos Aires: Caja Negra, 2018.
- Jameson, Fredric (1994). *Las semillas del tiempo*. Madrid: Trotta, 2000.
- Jameson, Fredric (2005). *Arqueologías del futuro: El deseo llamado utopía y otras aproximaciones de ciencia ficción*. Madrid: Akal, 2009.
- Jay, Martin (1980). *Socialismo fin-de-siècle*. Buenos Aires, Nueva Visión, 1990.
- Jay, Martin (1993). *Campos de fuerza: Entre la historia intelectual y la crítica cultural*. Buenos Aires: Paidós, 2003.
- Petruccelli, Ariel (2020a). "Paradojas virales". *La Izquierda Diario*, 25 de marzo de 2020, <https://www.laizquierdadiario.com/Paradojas-virales>
- Petruccelli, Ariel (2020b), "La vida y la muerte", Facebook de *Viento del Sur*, 30 de marzo de 2020, https://m.facebook.com/story.php?story_fbid=2933837616704604&substory
- Petruccelli, Ariel (2020c), "La política del terror", *La Izquierda Diario*, 31 de marzo de 2020, <https://www.laizquierdadiario.com/La-politica-del-terror>
- Srnicek, Nick; Williams, Alex (2015). *Inventar el futuro: Postcapitalismo y un mundo sin trabajo*. Barcelona: Malpaso, 2017.
- Žižek, Slavoj (2002). *Bienvenidos al desierto de lo Real*. Madrid: Akal, 2005.
- Žižek, Slavoj (comp.) (1994). *Ideología: Un mapa de la cuestión*. Buenos Aires: FCE, 2003

Invitado especial

Pandemia y Política en Brasil

Sérgio Costa*

Freie Universität Berlin

Siguiendo las pistas dejadas por Ernesto Laclau y otros, Stuart Hall demostró que los discursos y los sujetos políticos se articulan de manera contingente y circunstancial, pero no aleatoria o casual. Es decir, en determinadas circunstancias, ciertos discursos pueden servir para vocalizar ansiedades, reivindicaciones y angustias, constituyendo así sujetos políticos. En otras ocasiones, estas mismas ansiedades pueden ser articuladas por discursos completamente diferentes e incluso opuestos. Aquí reside la contingencia de la relación entre discursos y sujetos.

En el campo de la política, los discursos capaces de promover la articulación de amplios sujetos colectivos son polisémicos y flexibles, permitiendo vocalizar diferentes ansiedades y reivindicaciones. Estos discursos son, en general, también abiertos al futuro, para canalizar y catalizar las aspiraciones y deseos de cambio, omnipresentes en las sociedades modernas.

El movimiento y el discurso político que eligieron a Jair Bolsonaro como presidente de Brasil en 2018 repitió la regla de la polisemia, juntando grupos potencialmente antagónicos. Sin embargo, no había ninguna promesa de un futuro mejor. Por el contrario, el discurso adoptado fue el de la distopía. Idealizó el pasado, demonizó el presente, supuestamente poblado por enemigos de todo tipo,

* Professor titular de sociología de la Freie Universität Berlin, Alemania, y co-director de Mecila: Maria Sibylla Merian Centre Conviviality-Inequality in Latin America.

y negó toda posibilidad de un futuro común. Este fue el discurso que demostró ser eficaz para polarizar a la sociedad brasileña, dividiéndola entre una izquierda que defendía el presente - según esta caricatura, dominado por la corrupción, el libertinaje, la inmoralidad, la inseguridad y la amenaza a las personas y a familias decentes - y una derecha que supuestamente estaba “en contra de todo esto”.

Parecía poco probable que esta división simplista de la sociedad pudiera alzar a la presidencia de Brasil a una persona igualmente simplista. Pero, finalmente, funcionó.

Durante su primer año en el cargo, el presidente sobrevivió, políticamente, a expensas de la misma estrategia que lo eligió, sin grandes promesas para el futuro y demonizando a los enemigos del presente. En cuanto a las políticas concretas adoptadas, los signos eran inequívocos: todas las medidas adoptadas, sin excepción, promovían la reducción de los derechos de los trabajadores y de las minorías y facilitaban la transferencia de recursos estatales o bienes comunes (recursos ambientales, empresas públicas) a las grandes empresas.

Esta forma de (des)governar, aunque condujo a la reducción de la base de apoyo de Bolsonaro, no fue del todo desastrosa para su capital político. A finales de 2019, más del 30% de la población consideraba que su gobierno era bueno o muy bueno, y, entre los empresarios, su aprobación era cercana al 60%. Más que eso: los partidarios incondicionales fueron transformados en una efectiva masa de maniobras, instrumentalizada por el presidente para chantajear a los otros poderes y a sus críticos.

La crisis del coronavirus reconfiguró completamente este paisaje político. La estrecha pero hasta entonces eficaz gramática política de Bolsonaro basada en “yo contra todo lo que ahí está” ha dejado de funcionar después de que un enemigo y una amenaza común a toda la nación ha surgido: el virus. Líderes políticos de diferentes partes del mundo y de los más diversos matices, desde Ángela Merkel en Alemania hasta Alberto Fernández en Argentina, vieron crecer su prestigio y su capital político con la pandemia. Reconocieron que era hora de presentarse como guardianes de la salud pública y de la vida de los ciudadanos.

Guiado por sus tres hijos y consejeros, muy bien entrenados en la guerra de guerrillas virtuales, pero poco familiarizados con las funciones básicas del Estado moderno, Bolsonaro insistió en el belicismo contra sus nuevos enemigos, los gobernadores del Estado, que adoptaron políticas de evitar contactos sociales. La estrategia muy probada fracasó: los nuevos enemigos declarados se han ido haciendo más fuertes, mientras que Bolsonaro pierde apoyo incluso entre sus aliados más cercanos. Los analistas se han preguntado si la insistencia de Bolsonaro en negar la gravedad del coronavirus es un error de cálculo político, o si efectivamente cree que la pandemia no es más que una conspiración china que los medios de comunicación, por ignorancia u oportunismo, han construido como real. En este momento, sin embargo, la motivación del presidente tiene menos interés que la evaluación de las consecuencias de sus acciones.

En estos primeros días de abril de 2020, es razonable decir que la pandemia seguirá socavando el capital político de Bolsonaro. No parece que, al menos a corto plazo, el aislamiento del presidente lleve a un proceso de *impeachment*. Faltan actores políticos realmente interesados y capaces de destituir al presidente. Y más que eso, no hay acuerdo sobre quién se quedaría con el botín de una posible guerra vencida a favor del *impeachment*.

Otra cuestión relevante se refiere a las bases de apoyo de Bolsonaro. Es decir, ¿dónde están los diversos sectores que el discurso polisémico y distópico adoptado por Bolsonaro ha logrado aglutinar? Este es precisamente el juego que es y seguirá siendo jugado en las próximas fases de avance de la pandemia. Como cualquier juego en circunstancias democráticas, el resultado final es incierto. No obstante, al menos se pueden imaginar algunos desarrollos.

De los anteriores aliados, es probable que una buena parte de los evangélicos y los sectores armados, desde los policías y los militares de bajas patentes hasta las milicias, sigan apoyando a Bolsonaro. También las personas más ostensivamente machistas, racistas y homofóbicas que han aplaudido los recortes en las políticas de acción afirmativa, de promoción de la igualdad de género y de protección de la población LGBT, no tienen razones concretas para abandonar al líder. Los grandes empresarios que siguieron eufóricos las bondades del ministro Paulo Guedes, como privatizaciones y concesiones facilitadas, y el fin de muchas garantías

laborales, seguramente saltarán del buque bolsonarista, tan pronto la recesión muestre sus rasgos más asustadores.

Los nuevos ultraliberales agrupados en movimientos como el MBL (Movimiento Brasil Libre) o la red de institutos financiados por el Atlas Network, se unió a Bolsonaro en 2018, más por conveniencia que por convicción, y ya se había alejado de su gobierno en los últimos meses. En la actual crisis de la salud, dieron claras señales de que no apoyan la postura anti-científica del presidente. Ideológicamente están cerca del gobernador de São Paulo, João Dória. Sectores de la clase media establecida que creían que la crisis económica que derribó a Dilma Rousseff en 2016 se debía a la corrupción ya estaban abandonando el barco de Bolsonaro. Posiblemente acompañen al Ministro de Justicia y verdugo de Lula, Sergio Moro, adondequiera que se mueva.

El agronegocio no es un partidario incondicional de Bolsonaro. Aunque el productor rural medio aprecia el estilo matón del presidente, el gran agronegocio ha demostrado ser muy adaptable. Ofrece lealtad política a aquellos que le dan más ventajas. Este es el cuadro provisional que se puede vislumbrar a principios de abril. El juego, sin embargo, repito, está solo en sus minutos iniciales. Surgirán nuevos discursos y nuevos sujetos se articularán. ¡Ojalá que no surja en ese momento ningún actor dispuesto y capaz de suspender las reglas del juego democrático!



Boletín del
Grupo de trabajo
**Teoría social
y realidad
latinoamericana**

Teoría & Cambio social
Número 2 · Mayo 2020

